

Horizontes
de la Cultura

LAS MEMORIAS DE CORPUS BARGA

por
Diego
Mirán

15/12/63

El memorialismo no es un género fácil. Igualmente distante de las confesiones y los diarios confidenciales (San Agustín, Rousseau, Amiel) y de la historia personal, de la autobiografía, requiere varias condiciones previas para que se dé como, por ejemplo, en Liauteaud, caleidoscópico y hasta cinematográfico (no porque cuente sin embargo, muchas cosas de mucha gente): en primer término, su autor ha de ser un hombre con una visión en perspectiva, abierto de sí al mundo y al tiempo; luego, su manera de narrar no debe ser, pese a que se trata de una evocación personal, egocéntrica, pues las verdaderas memorias son reflejos de la realidad en el recuerdo, imágenes en un agua sinuosa que fluye sin agotarse; por último, la unidad del vasto material rememorado no se obtiene solamente por la persona del que relata sino por el aire, el espíritu, el estilo de la época —o las épocas— vividas por ella comprometidamente. Hay pocos libros de memorias que seduzcan de la primera a la última página. De ahí que "Los Pasos Contados" de Corpus Barga (Una vida española a caballo en dos siglos, Tomo I, Mi familia, El mundo de mi infancia, EDHASA, Barcelona - Buenos Aires, 1963) resulte un verdadero ejemplo genérico.

Quienquiera que haya escuchado conversar a este excepcional testigo de este tiempo, ahora afortunadamente residente entre nosotros, sabrá por qué estas memorias, cuyo primer volumen ya está en las librerías, es una obra maestra: Corpus Barga es un cronista cargado de novelas, cargado de "novelidad", si cabe el término. Por una confluencia de azares, su punto de partida es histórico y su biografía —que no es el tema de "Los Pasos Contados"— va de sí, de esa encrucijada que es la España demorada del siglo pasado, hacia las crisis mundiales que se consideran el hito de la Era Contemporánea. Sale, pues, del fondo de Europa, como si ascendiera del vórtice feudal al hervidero de las transformaciones actuales. Y es el ascenso peldaño a peldaño —paso a paso— el que nos hace pasear por los círculos vitales de personas y clases, de ciudades y países, de nombres que no registrarán los anales y de rostros a medias entre la fábula y la realidad. Cada ciclo es una, dos, tres, más circunstancias singulares, aventuras peligrosas o candorosas, meteoros o estrellas humanas en un firmamento que, de pronto, en la palabra conversacional del escritor, se ilumina de verdad, de poesía.

"Por insignificante que sea una vida —dice Corpus Barga— nunca se acaba de contar lo que pasa en ella". Es su divisa, pues en el libro se traman infinitos acontecimientos cruzándose en un tejido bien anudado, en una tela tupida. Esa tela no es la vida de fulano o sutano. Es, simplemente, la vida, cuyo misterio sea tal vez el hecho maravilloso de ser humana y universal no obstante que sus hilos —las vidas insignificantes que tanto en la totalidad significan— son finitos, quebradizos, decolorables, finos hasta la nada. "Los Pasos Contados" no es la autobiografía de un hombre como Corpus Barga que, sin embargo, tiene tanto que contar de sí propio, y tampoco es la "automoribundia" de Ramón Gómez de la Serna, especie de testamento esperpéntico para el futuro. Resulta, más bien, la memoria dehiscente de un lapso vivido feliz e infelizmente por muchos. Y si Corpus Barga no fuera el gran estilista que es —su prosa libre, desenfadada, brillante, de zigzags, precipitaciones y escalamientos, de vuelos poéticos y austeros realismos hispanos, es de las mejores de la España de este siglo—, su libro podría pasar como la obra de todos los que en él circulan, cual si al existir ellos hubieran creado su existencia. Es esto precisamente lo que hace "Los Pasos Contados" un libro que, sin duda, no tendrá nunca final.